

## **DOMINGO XXII ORDINARIO**

Queridos hermanos y hermanas:

En la serie de lecciones concretas que nos va dando el evangelio de Jesús, hoy nos llega una invitación a la humildad y también a una generosidad desinteresada.

Ambos mensajes son poco populares. Hablar de humildad no parece un tema muy moderno. Si se nos urgiera a ser eficaces o a trabajar con generosidad, nos parecería bien. Pero ¿ser humildes? y, además, ¿trabajar desinteresadamente?

### ***Las ventajas de ser humildes***

Esta lección de sencillez y de humildad nos viene bien a todos: a los niños, a los jóvenes, a los mayores. Jesús nos la presenta con su acostumbrada pedagogía y plasticidad, con ocasión de lo que ve en una comida a la que es invitado. Pero ya en la Primera Lectura el sabio nos recomendaba que seamos humildes en nuestra manera de actuar.

De las lecturas de hoy se pueden destacar tres direcciones en que la humildad nos resulta beneficiosa.

En primer lugar, al humilde lo quiere Dios: "hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios", nos dice el sabio; y Jesús concreta: "todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido". Si por alguien tiene predilección Dios, y Cristo, es por los débiles, por los últimos, por los pequeños, los que no están pagados de sí mismos. También el salmo nos ha subrayado que Dios es "padre de huérfanos y protector de viudas" y que "ha preparado su casa a los desvalidos".



En segundo lugar, al que es discreto y modesto en sus pretensiones, al que es humilde y no está siempre hablando de sí mismo, alardeando de sus cualidades o riquezas, le quieren todos. Al orgulloso y engreído, o le desprecian o le tienen envidia. Por eso el consejo del sabio: "en tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso". Cuanto más grande es una persona en su interior, menos se hace valer y más sencilla es en el trato con los demás. Y esto hace que se le tenga más a precio.

Por último, la humildad nos hace bien sobre todo a nosotros mismos. El ser humildes, o sea, modestos en la autoestima, afecta a la raíz de nuestro ser, nos hace conocernos y aceptarnos mejor a nosotros mismos. El que es humilde, se ahorra muchos disgustos y goza de una mayor paz y armonía interior.

Mientras el orgullo nos impide abrirnos a Dios, abrirnos al prójimo, y nos hace abrirnos demasiado a nosotros mismos, la humildad corrige la triple deficiencia: nos abre a Dios, nos abre a los demás, y nos cierra en cierto sentido a nosotros mismos, relativizando nuestra autoestima.

### ***Todos queremos los primeros puestos***

Las ventajas, por tanto, de la humildad. La advertencia no nos resulta superflua, porque todos tenemos la tentación de aparecer, de buscar protagonismo, de ser y de tener más que los demás, de modo que los que nos rodean se sientan obligados a admirarnos y hasta a tenernos envidia.

Jesús vio cómo los invitados se apresuraban a elegir los mejores puestos. Se ve que lo de buscar los primeros puestos era un defecto característico de los fariseos del tiempo de Jesús. ¿Nos estaba viendo también a nosotros? ¿Somos de los que quieren "salir en la foto", que nos vean en compañía de personas importantes, ser centro de la conversación? ¿Queremos superar a toda costa a los demás familiares, a los compañeros de estudio o de trabajo, a los otros colaboradores de una comunidad cristiana, como los apóstoles de Jesús, que discutían sobre quién iba a ser el mayor entre ellos?



El aviso es para toda la Iglesia, para que no vaya buscando el poder ni el prestigio ni las alabanzas humanas. Y para cada cristiano, para que sepamos contener nuestro deseo innato de imponernos y de ser los protagonistas en todo. Jesús no nos enseña normas de urbanidad en la mesa, ni leyes de protocolo social, sino una actitud humana y cristiana que a él le parece básica: la modestia y la humildad de corazón, delante de Dios y de los demás. Una actitud bastante contraria a la que prevalece en este mundo, que parece una feria de vanidades. ¿A quién le gusta ocupar los últimos lugares? Pues Jesús nos invita a ocupar esos últimos lugares, y no como un truco para que luego nos inviten a subir, sino con sinceridad.

Cuando Jesús describió la oración del fariseo orgulloso y la del pecador humilde en el Templo, dijo a los presentes que el fariseo, tan lleno de sí mismo, no salió de su oración justificado, mientras que el publicano que se reconocía pecador, sí salió perdonado.

El mejor ejemplo nos lo da el mismo Jesús, el Siervo, que no vino a ser servido sino a servir, y que en su cena de despedida se ciñó la toalla y lavó los pies a sus discípulos. Y también su Madre, María, que en el Magnifica alaba a Dios, reconociendo que es él quien lo ha hecho todo en ella, porque "ha mirado la humildad de su sierva" y enaltece a los humildes.

Haremos bien en examinarnos respecto a esta actitud: ¿qué pienso de mí? ¿hablo continuamente de mí? ¿cómo reacciono ante lo que considero ofensas o humillaciones.

### ***Invita a los que no te pueden pagar***

Junto a esta lección de humildad y modestia, Jesús añade otra de desinterés cuando invitamos o damos algo a los demás. Tampoco es muy del agrado del hombre de hoy este tema, porque la sociedad está fundada en el comercio del "do ut des" "te doy para que luego tú me des", a ser posible con intereses... A esta ley de la "reciprocidad" comercial, Jesús le contrapone la de la "generosidad gratuita".



¿Hay alguien que dé gratuitamente? Pues eso es lo que Jesús invita a hacer. Esta vez, su punto de mira no es el invitado que busca puestos de honor, sino el dueño de la casa que invita. Le dice que no invite a los ricos que le podrán luego a su vez invitarle a él, sino a los que sabe que no le podrán corresponder, también en el círculo de los parientes y amigos.

No hace falta que necesariamente invitemos a comer a los pobres o a los sin techo o sin papeles, o a los familiares menos afortunados. Invitar a comer es un buen gesto. Pero hay otros que tal vez sean más necesarios: interesarnos por ellos, dirigirles la palabra, gastar tiempo con ellos. San Pablo nos transmitió una palabra de Jesús que no consta en el evangelio: "hay más alegría en dar que en recibir". En dar gratuitamente.

¡Vaya dos lecciones, a cuál más "contra corriente": ser humildes y dar gratuitamente, sin esperar recompensa! Hay que reconocer que es difícil asimilar esta bienaventuranza que nos dice hoy Jesús: "dichoso tú, porque no te pueden pagar". Ya nos pagará Dios. Pero en nuestra vida no solemos quedar muy satisfechos cuando a un favor nuestro nos responden: ¡que Dios te lo pague!

**Homilía Pbro. Carlos Chavarría**  
**Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador**